

pañía de aquel miserable griego; casi le hubiera convenido dejarle ir por donde se le antojase. Pero esto no entraba en las ideas de Quilón: el viejo filósofo no carecía de prudencia, pero la curiosidad le impulsaba á proseguir. De cuando en cuando se aproximaba á Vinicio para repetirle el mismo consejo. Temía que aquel viejo que iba al lado del apóstol fuera Glauco; sólo la estatura le parecía un poco más baja.

Llegaron al Trastevere. El sol no había remontado aún el horizonte, cuando el grupo que acompañaba á Licia se disgregó. El apóstol, una vieja y un muchacho siguieron por la orilla del río; el viejo de baja estatura, Ursus y Licia se internaron en una callejuela estrecha, entrando á los pocos pasos en una casa situada al lado de una tienda de aves.

Quilón, que se había quedado atrás, apoyándose en el muro, rogaba en voz baja á sus compañeros que retrocediesen.

No sabiendo qué partido tomar, obedecieron.

- Ve, Quilón, ordenó Vinicio, á ver si esa casa tiene salida á otra calle.

Quilón, que poco antes se había quejado de dolor en los pies, voló hacia allí como si hubiese tenido las alas de Mercurio. En un momento estuvo de vuelta.

- ¡No, señor; hay una sola entrada!

Después, con las manos sobre el pecho, exclamó:

- ¡Te suplico por Júpiter, por Apolo, por Vesta, por Cibebes, por Isis y Osiris, por Mitra y Baal, por todos los dioses de Oriente y de Occidente, que abandones tu proyecto! Óyeme...

Calló repentinamente. El rostro de Vinicio había palidecido por la cólera, los ojos le brillaban como los de una fiera. Bastaba una sola mirada para comprender que por nada del mundo retrocedería. Crotón dió un profundo suspiro y sacudió su enorme cabeza, á semejanza de un oso encerrado en la jaula; pero en su semblante no se notaba ni la sombra del temor.

- Entro yo primero, dijo.

- ¡No! ¡Tú me seguirás!, ordenó Vinicio en tono conciso.

Quilón corrió á agazaparse tras el ángulo de la calle próxima para esperar los acontecimientos.

XXII

Vinicio conoció pronto todas las dificultades que encerraba su empresa. La casa era grande y compuesta de varios pisos, una de aquellas casas de las que se veían á miles en Roma, de construcción tan endeble que no transcurría un año sin que alguna sepultase entre los escombros á sus moradores. Eran altas y estrechas y estaban subdivididas en una porción de habitaciones y escondrijos, hormigueros de gente pobre. En aquella parte de la ciudad, donde muchas calles no tenían nombre y las casas carecían de numeración, los esclavos encargados de cobrar los alquileres no estaban obligados á comunicar á la autoridad los nombres de los inquilinos. Era por esto muy difícil adquirir informes acerca de una de esas casas ó de cualquiera de sus habitantes.

Vinicio y Crotón llegaron á un corredor largo y estrecho, que formaba una especie de atrio para toda la casa. En el centro se alzaba una fuente, y junto á las paredes escaleras de piedra ó de madera conducían á los pisos superiores. En la planta baja había también departamentos divididos por tabiques de madera, ó sencillamente por lienzos sucios y remendados.

Era muy temprano y no asomaba un alma por el patio. Todos debían hallarse sumidos en el más profundo sueño, excepto los que regresaban del Ostriano.

- ¿Qué debemos hacer, señor?, preguntó Crotón.

- Esperemos aquí; tal vez alguien salga, respondió Vinicio.

Recordó el consejo de Quilón. Con diez esclavos hubiera sido facilísimo apoderarse de la salida, registrar todas las habitaciones y llegar así á la de Licia. En estas reflexiones estaba, cuando levantando una cortina colocada en un ángulo del patio, apareció un hombre con un cedazo en la mano y se dirigió á la fuente. Vinicio reconoció á Ursus en aquel individuo.

- ¡Este es el licio!, exclamó.

- ¿Le rompo ahora mismo los huesos?

- Espera un poco.

Ursus no advirtió la presencia de las dos personas ocultas entre las sombras del corredor, y no hizo más que lavar las verduras que contenía el cedazo y volverse por donde había entrado. Crotón y Vinicio le siguieron, pensando entrar en la habitación de Licia. Pero ¿cuál no sería su sorpresa al descubrir que la cortina no señalaba la entrada á una habitación, sino á un oscuro corredor? Este conducía á un jardincito sembrado de cipreses y circundado de una valla de mirto. Al fondo se hallaba la habitación de Licia, una casita, apoyada en los muros de otro edificio de piedra.

Esto era una circunstancia favorable. En el patio podían haberse reunido todos los inquilinos; el aislamiento de la casita facilitaba la empresa. Cualquier defensor, y el mismo Ursus, sería vencido por ellos dos, que emprenderían en seguida la fuga

con la joven prisionera. Si fuesen detenidos, dirían que se trataba de un rehén de César que intentaba huir, y Vinicio se haría reconocer por los guardias, invocando su auxilio.

Ursus iba ya á entrar en la casa, cuando un rumor de pasos llamó su atención. Viendo á los dos forasteros, dejó el cedazo sobre la balaustrada y les preguntó:

— ¿Qué buscáis aquí?

— ¡A ti te buscamos!, respondió Vinicio, que acercándose á Crotón, le dijo: ¡Mátalo!

Éste, como un tigre furioso, se lanzó sobre su adversario, y el licio, antes que pudiera aprestarse á la defensa y reconocer á los asaltantes, se sintió agarrado fuertemente por dos brazos nervudos. Vinicio, confiando en la extraordinaria robustez del gladiador, no se detuvo á esperar el éxito de la lucha, sino que empujando la puerta de la casita, se encontró en una estancia un tanto oscura, iluminada sólo por los resplandores del fuego que ardía en la chimenea, junto á la cual estaban Licia y el viejo que al regresar del cementerio la acompañaba en unión de Ursus.

Vinicio, apenas hubo entrado, se precipitó sobre Licia, asiéndola con fuerza y buscando la salida. El viejo intentó obstruirle el paso; pero él, levantando con un brazo á la joven y estrechándola contra su corazón, consiguió con el otro rechazar al defensor. Cayó de la cabeza de Vinicio el capuz que la cubría, y Licia reconoció aquel rostro tantas veces visto, pero que en aquellos momentos le infundía miedo terrible. Palideció como una muerta, y en vano intentó pedir auxilio, pues la voz se ahogaba en su garganta. Su resistencia era grande, pero débil ante la fuerza de Vinicio. Sus dedos convulsos quedaban heridos al querer agarrarse á las paredes con desesperados esfuerzos. El espectáculo que se ofreció á sus ojos al llegar al jardín fué horrible en extremo: Ursus tenía entre sus brazos á Crotón, cuya cabeza colgaba de aquel tronco atlético, echando por la boca sanguinolenta espuma. Al ver á los que salían, dió un último golpe al gladiador, é inmediatamente, como fiera enfurecida, se lanzó contra Vinicio.

«¡Muerto!» pensó el joven tribuno. Después, como en sueños, oyó la voz de Licia que exclamaba: «¡No le mates!» Sintió un golpe como de maza, que libertó á Licia de sus brazos; le pareció que toda la tierra giraba á su alrededor, y luego... ¡no vió ni sintió nada!

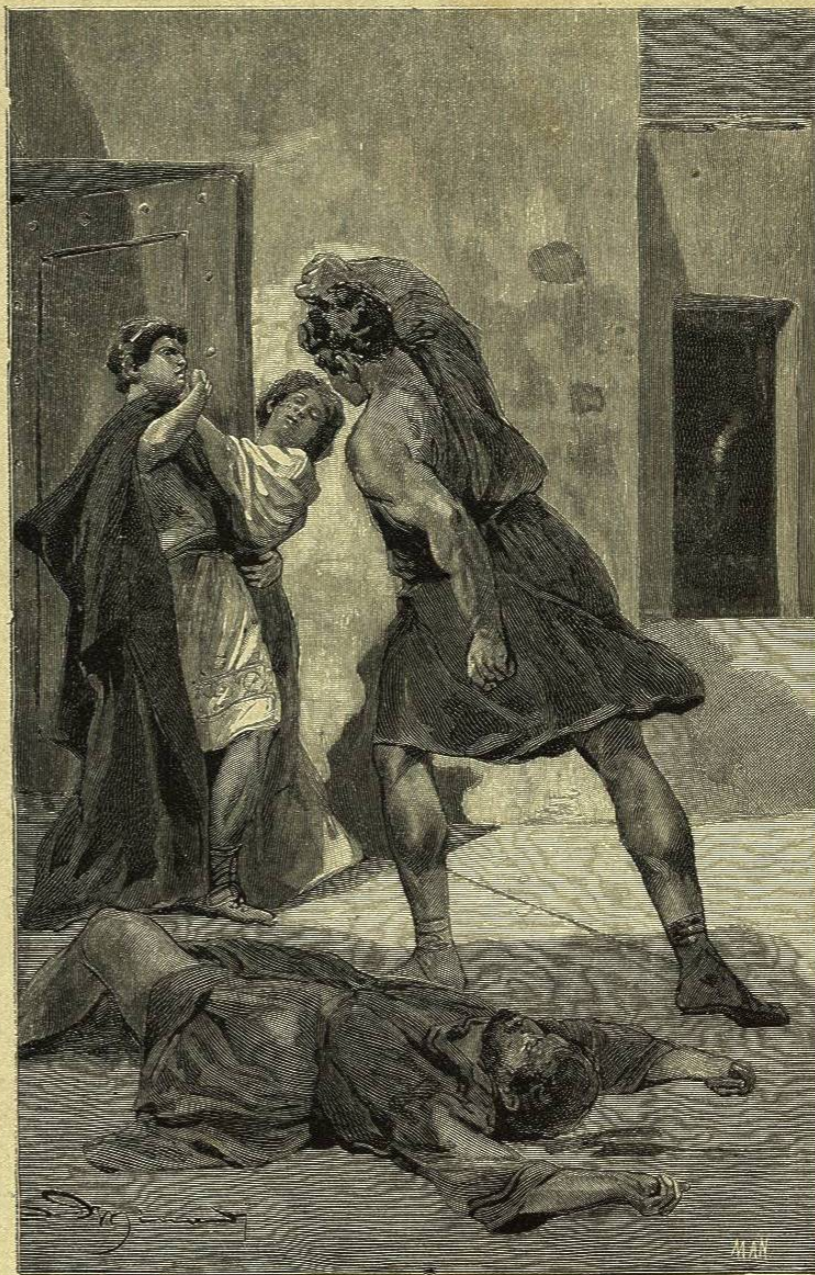
Quilón, oculto tras la esquina de la casa, esperaba con ansia y curiosidad el desarrollo de los acontecimientos. Si lograban apoderarse de Licia, se consideraba seguro al lado de Vinicio. A Ursus ya no le temía, pues indudablemente Crotón habría dado buena cuenta de aquel gigante. «Y así, pensaba, si ocurriese algún tumulto en la calle, hasta ahora desierta; si los cristianos ó el pueblo opusiesen alguna resistencia, yo me fingiría autoridad y empleado de César, y llamaría á la guardia para apoyar al joven patricio.» La conducta de Vinicio le parecía inoportuna, pero confiaba en que la fuerza de Crotón remediaría los contratiempos que surgiesen.

«En caso extremo, decía, Vinicio llevará á la muchacha y Crotón les abrirá paso.»

Pero la tardanza empezaba á inquietarle y la tranquilidad que se observaba en la entrada no le parecía buen augurio.

«Si no encuentran en seguida el escondrijo ó arman ruido, la joven huirá por segunda vez.» Esta idea, sin embargo, no le affigía, porque, de realizarse, Vinicio necesitaría sus acreditados servicios y se los recompensaría espléndidamente.

— Hagan lo que quieran, á mí todo me tiene cuenta. ¡Oh dioses, concededme tan sólo...



Inmediatamente, como fiera enfurecida, se lanzó contra Vinicio

Se detuvo repentinamente; algo avanzaba y se movía á la entrada; agazapándose al pie del muro, observó atentamente y conteniendo la respiración.

No se había engañado. Asomó una cabeza que, después de dar una rápida ojeada á derecha é izquierda, desapareció.

«Debe de ser Vinicio ó Crotón, pensó el griego. Pero si tienen en su poder á la joven, ¿cómo ésta no pide socorro y por qué miran á la calle? De seguro encontrarán gente, porque antes que lleguen á las Carinas toda la ciudad estará ya en movimiento... ¿Qué veo? ¡Por los dioses eternos!»

Se le erizaron los cabellos.

Ursus apareció en el umbral con el cadáver de Crotón en los brazos; miró otra vez á todos lados, y emprendió veloz carrera en dirección al río.

Quilón se estrechaba cada vez más contra el muro, como queriendo penetrar en él.

«¡Si me ve, soy perdido!»

Pero Ursus, doblando la esquina, desapareció. Quilón comprendió que no le convenía permanecer más tiempo en aquel sitio. Dando diente con diente, atravesó la calle con una rapidez que hubiera parecido admirable hasta en un hombre joven y ágil.

«Si á su regreso, dijo para sí, me divisa en lontananza, sin duda me coge y me mata. ¡Sálvame, Júpiter; sálvame, Apolo; sálvame, Mercurio; sálvame, Dios de los cristianos! Quiero abandonar Roma y volver á Mesembria..., pero ¡sálvame de las garras de ese demonio!»

Y en aquel instante se imaginó al licio que había matado á Crotón como un ser superior, como un dios que había tomado la figura de un bárbaro. Creyó, de pronto, en todos los dioses y en todos los mitos del mundo. Pensó que el mismo Dios de los cristianos había podido matar á Crotón, y otra vez se le erizaron los cabellos al considerar que estaba luchando con tan inmenso poder.

Después de haber recorrido algunas calles, en las que encontró algunos operarios, se sintió un poco tranquilo. Cansado por la carrera y sudado, sentóse en el escaloncillo de una entrada para reposar y refrescarse un poco.

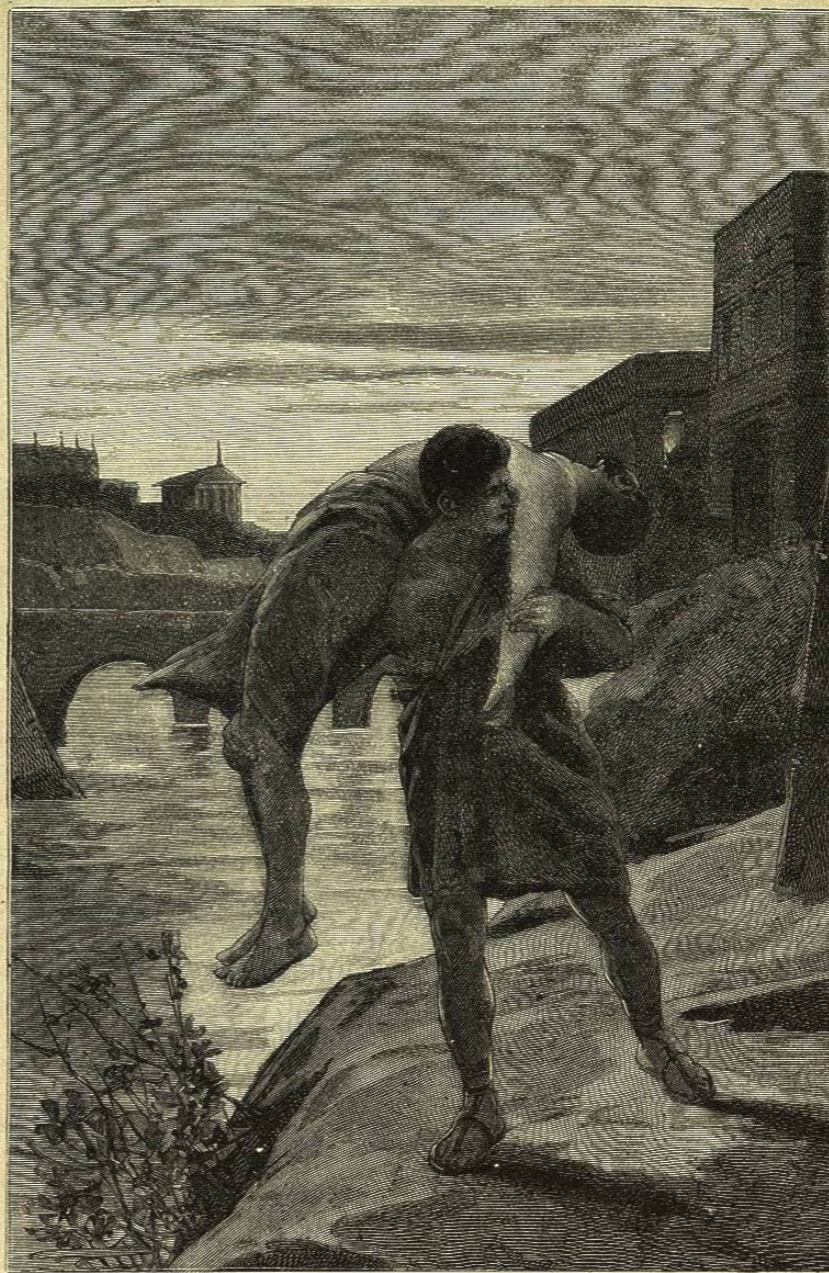
Los operarios se habían alejado por las calles laterales y él se hallaba otra vez solo. La ciudad aún estaba adormecida. Los barrios habitados por los ricos se animaban antes, porque los esclavos debían levantarse al alba. En cambio, los barrios donde vivía la gente libre, mantenida por el Estado y por lo tanto desocupada, se despertaban más tarde, sobre todo en invierno.

Al cabo de un rato Quilón sintió una impresión de frío; se levantó, y convencido de que no había perdido la bolsa que le diera Vinicio, se dirigió hacia el río con paso lento.

«Quisiera ver el cadáver de Crotón, se dijo, ¡oh dioses! Si ese licio es un hombre, en un año puede ganar millones de sextercios. ¿Quién se atrevería á luchar con el que mató á Crotón como quien mata á un perrito? Por cada representación en el Anfiteatro le darían todo el oro que pesa. Custodia á la muchacha mejor que un cancerbero, pero ¡que el infierno se lo trague! Y ahora, ¿qué debo hacer? Si rompe los huesos á un hombre como Crotón, á estas horas el alma de Vinicio debe vagar alrededor de aquella casa maldita, esperando los funerales. ¡Por Cástor! Pero es un patricio, amigo de César, pariente de Petronio, tribuno, hombre conocido en toda Roma. Su muerte no puede quedar impune. Si yo me llegase á la guardia de la ciudad...»

Se detuvo un instante y luego empezó á reflexionar:

«¡Pobre de mí! ¿Quién le condujo hasta aquella casa sino yo? Sus esclavos y



Y emprendió veloz carrera en dirección al río

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

sus libertos me vieron en su palacio; muchos de ellos conocen el motivo de mis visitas. ¿Qué sucedería si llegasen á sospechar que yo le he llevado intencionadamente á la casa donde ha encontrado la muerte? Y aunque apareciese clara mi inocencia ante las autoridades, siempre pesaría sobre mí alguna responsabilidad y en ningún caso escaparía á una pena. Si abandono Roma, doy ocasión á que las sospechas contra mí vayan tomando cuerpo.»

El asunto era escabroso. Entre dos males era preciso escoger el menor. Roma era vastísima, pero á Quilón le parecía sumamente pequeña en aquellas circunstancias. Otro hubiera referido el caso al prefecto de los guardias, sin cuidarse de las sospechas que sobre él podían recaer. Mas el pasado de Quilón era tal, que las autoridades habían de sospechar forzosamente de aquel hombre extraño y embrollón.

Por otra parte, su fuga afirmaría á Petronio en la creencia de que Vinicio había sido víctima de una conjura. Petronio era poderoso y no le era difícil enviar á todos los guardias del Estado en persecución de los culpables. Así pues, Quilón optó por referírsele todo á Petronio, que, como hombre tranquilo y bien educado, e oiría con paciencia, pudiéndole convencer más fácilmente que á los prefectos, ya que estaba en antecedentes.

Antes de ver al tío necesitaba, sin embargo, conocer con exactitud la suerte que cupo al sobrino en aquel lance. Hasta entonces nada sabía. Había visto al licio encaminarse hacia el río con el cadáver de Crotón. Vinicio podía haber quedado muerto, ó simplemente herido ó prisionero. Pensó que los cristianos no se habrían quizás atrevido á matar á un hombre tan influyente, á un amigo del emperador, á un guerrero, porque con un hecho semejante habían de atraerse las iras del César y exponerse á una persecución. Probablemente le tendrían prisionero hasta que Licia hubiese logrado esconderse por segunda vez.

Esta idea reanimó á Quilón.

«Si ese dragón licio, pensaba, no lo ha destrozado al primer asalto, Vinicio vive y probará mi inocencia. No sólo no tengo nada que temer, sino que se abre ante mis ojos un nuevo horizonte. Puedo informar á uno de los libertos del tribuno acerca de lo ocurrido, induciéndole á que dé parte al prefecto y ahorrándome esta diligencia. También puedo buscar á Petronio y ganarme una recompensa. He encontrado á Licia, ahora descubriré el paradero de Vinicio y luego seguiré otra vez las huellas de Licia. Pero antes he de saber si Vinicio vive ó ha muerto.»

Después de reflexionar si le convenía acercarse por la noche al molino de Demade y pedir noticias de Ursus, sacó por consecuencia que era mejor no ocuparse más del licio. Los ancianos debían haber demostrado á Ursus el error en que se hallaba con respecto á Glauco y la injusticia del acto criminal que iba á cometer, impulsado por un traidor. Sólo pensar en el gigante le aterrorizaba; pero aquella misma noche enviaría á Euricio á la casa misteriosa para que adquiriese noticias. Lo que necesitaba en aquel momento era refocilarse y tomar un baño. La noche de insomnio, la excursión al Ostriano y la huída desde el Trastevere le habían dejado completamente molido.

Le quedaba un consuelo. Tenía en su poder dos bolsas: la que Vinicio le había dado en casa y la que le había arrojado en el camino del cementerio. Todo esto le había de proporcionar, después de las emociones pasadas, comida y bebida superiores á las que tenía costumbre de consumir.

Y así lo hizo apenas se abrieron las tabernas, olvidando tomar el baño que figuraba en sus planes. Dominado por el sueño, se encaminó vacilante hacia su casa, en la Suburra. Una esclava, comprada con el dinero de Vinicio, le aguardaba.

Así que hubo entrado en su habitación, obscura como boca de lobo, se tumbó sobre su cama, durmiéndose en el acto. Por la tarde le despertó la esclava, anunciándole que le buscaban para un asunto importante. Quilón se levantó, envolvióse en su manto, y empujando á la esclava, sacó la cabeza, mirando á todas partes con cautela.

Palideció de terror al reconocer la figura de Ursus, inmóvil junto á la puerta. No acertó á pronunciar ni una palabra, y sudor frío bañó todo su cuerpo. Por fin, cogió á la esclava por un brazo y murmuró á su oído:

— Sira, no estoy en casa..., no conozco á ese buen hombre.

— Yo le dije que estabas aquí, pero que dormías, respondió la mujer; y él me mandó que te despertase.

— ¡Oh dioses! Yo te abandono...

Pero Ursus, impacientándose, se acercó al miserable *cubiculum* y exclamó:

— ¡Quilón Quilónides!

— *Pax tecum! Pax, pax!*, respondió el griego. ¡Oh tú, el mejor de los cristianos! Sí, yo soy Quilón; pero aquí hay un error... ¡No te conozco!.

— ¡Quilón Quilónides!, replicó Ursus. Vinicio, tu señor, reclama tu presencia.